

ELEMENTOS DE DIFERENCIACIÓN SOCIAL
EN EL BAJO ARAGÓN
DURANTE EL BRONCE FINAL-HIERRO I

ANDRÉS ÁLVAREZ GRACIA
JOSÉ ALBERTO BACHILLER GIL

Resumen: En el presente trabajo se abordan algunos de los aspectos que más interesan a la denominada Arqueología Social, el relativo a la configuración de las sociedades. Nos proponemos, tomando como base algunos elementos arqueológicos de la zona bajoaragonesa, realizar un intento de aproximación a la realidad de los grupos humanos del Bronce Final y Primer Hierro en esta comarca. No son muchos los elementos de referencia con que contamos por el momento pero algunos de ellos, elementos metálicos, enterramientos, casas, tamaño de los poblados, etc. resultan tremendamente sugestivos como para hacer este intento de acercamiento a los modelos de sociedad de esta zona.

Palabras clave: Arqueología, Jerarquización, Sociedad, Trabajo.

Abstract: This paper analyzes one of the main aspects of the Social Archaeology: the societies configuration. Through some archaeological items found in the Bajo Aragón (Spain) we propose an approach to the human societies who lived in this area at the end of Bronze Age and the beginning of Iron Age. Although the number of available items is nowadays very limited, some of them are meaningful enough –metallic items, graves, houses, village sizes, ...– to allow us to deduce how they lived and died.

Key-words: Archaeology, Hierarchy, Society, Work.

INTRODUCCIÓN

Uno de los aspectos que más llama la atención de los investigadores es el relacionado con la configuración de los grupos humanos que fueron los protagonistas de los más variados y diversos hechos culturales. El tratar de determinar la composición de estos grupos, los procesos y fórmulas por las que pudieron regirse estas sociedades, los mecanismos del poder en sus más diversas manifestaciones, las ideologías que subyacen detrás de diversas manifestaciones, etc. se presenta como una tarea extremadamente complicada desde el punto de vista de la Arqueología, ya que

muchas de las actuaciones del hombre, en este sentido, no siempre dejan sus huellas en forma de restos arqueológicos materiales para poder interpretar fielmente los hechos acaecidos.

No obstante, no cabe duda de que debemos hacer un intento de aproximación a estas realidades históricas y sociales, en la medida de nuestras posibilidades, para adentrarnos más en el conocimiento de los grupos que protagonizaron una serie de hechos que dejan como resultado, solamente, una serie de vestigios a interpretar. Va a ser una serie muy limitada de hallazgos los que, en general, nos van a permitir tratar de explicar algunos de estos complejos aspectos. En nuestro caso, la dificultad es aún mayor si cabe especialmente por dos motivos: la escasez de estudios enfocados desde esta óptica en esta región y la pequeña gama de elementos materiales con que contamos. Por otro lado, a nadie escapa que el periodo cronológico que abarcamos, Bronce Final-I Hierro I, es un momento de gran dinamismo en el seno del que se conforman numerosos aspectos que llevan a la formación de estructuras muy complejas tanto a nivel político como social, económico, religioso, etc., que dan como resultado en toda Europa, en general, el surgimiento de los llamados pueblos históricos.

Antes de comenzar el análisis de nuestro territorio, creemos interesante realizar una aproximación a lo que acontece en otros ámbitos y a los modelos teóricos de interpretación de las evidencias arqueológicas.

Ya a fines del IV milenio y comienzos del III, las sociedades europeas inician un proceso de jerarquización territorial que conlleva teóricamente el paso desde niveles igualitarios de organización social a estructuras más complejas que abocarán en el surgimiento de los primeros estados europeos durante el II milenio. Las posiciones teóricas para explicar estos fenómenos y sus causas varían ostensiblemente de unas

corrientes a otras (GILMAN, 1981; SHEN-NAN, 1986; SERVICE, 1984; FRIED, 1967). El ritual individual de enterramiento con desniveles de ajuares, la especialización artesanal a tiempo parcial en la mayoría de los casos, la liberación de determinados grupos de población de las actividades de subsistencia, los centros regionales con concentración poblacional y el control que determinados centros ejercen sobre las materias primas y las redes de intercambio son indicadores de una estratificación social que, en el II milenio, seguirá su proceso evolutivo, rompiéndose poco a poco las relaciones de parentesco y dejando paso a las relaciones de clase y al surgimiento de jefaturas complejas.

En los inicios del II milenio podemos observar la consolidación de todo este proceso. En el Sureste de la Península Ibérica asistimos a un momento de gran complejidad, con centralización del control de los productos de subsistencia y diferenciación de niveles de riqueza en las tumbas que indica diferenciación social (EIROA, 1989), llegando a proponerse para algunas áreas una organización política estatal con grandes centros (NOCETE, 1984). En El Argar se aprecia un cambio en el ritual funerario que pasa a ser individual o familiar y con una doble diferenciación de ajuares: una horizontal por sexos y una vertical por capas sociales. Lull y Estévez aprecian hasta cinco clases diferentes por los ajuares que presentan las tumbas. Las dos clases dominantes se distinguirían por la aparición de objetos de oro y plata; la de los miembros de pleno derecho se haría acompañar de punzones y objetos metálicos, mientras que el ajuar funerario de los siervos está constituido por un objeto frente a los esclavos que no tendrían ninguno. Ello supondría una organización estatal de la sociedad, incluso con capitalidad de la que dependerían jerárquicamente otros centros menores (LULL y ESTÉVEZ, 1986).

Todas estas circunstancias, aunque con diferencias regionales, conducen a una pro-

fundización de la desigualdad social a lo largo del II milenio. El I milenio a. C. constituye, quizás, el momento más dinámico para muchos territorios europeos. A lo largo de este periodo vamos a ver afianzarse a los denominados grupos aristocráticos, sobre cuyo origen han surgido multitud de tesis y corrientes explicativas (RUIZ, 1992).

En algunas necrópolis se puede apreciar el proceso de surgimiento de la aristocracia. Por una lado el príncipe necesita expresar su riqueza frente al resto de la comunidad pero procura la cohesión suficiente del grupo para que no se desintegre, por ello reserva un espacio en torno a su tumba para la parte de esa comunidad más directamente ligada a él. La forma ideal de estos príncipes de distanciarse del resto de los individuos sería la obtención de productos de intercambio con sociedades lejanas mientras que, internamente, estaría en la cantidad de objetos producidos localmente que logran acumular.

Por otra parte se observa una diferenciación de ajuar entre las tumbas masculinas y femeninas y, también, con respecto a las de los niños. En las masculinas aparecen frecuentemente armas. Por tanto el sexo y la edad son factores que ordenan la sociedad y el concepto de guerra se presenta elitista y aristocrático.

La jefatura compleja, la aristocracia orientalizable o los príncipes hallstáticos responden a modelos sociales diferentes, pero coinciden en la acumulación de riquezas en pocas manos, crisis de la sociedad consanguínea y atención al concepto de guerra con su expresión material, el armamento identifica al grupo social más destacado (COLLIS, 1989; WELLS, 1988; TORELLI, 1988).

A lo largo de esta breve síntesis hemos hecho mención a la existencia de variaciones regionales en los diversos territorios y en la diversidad de las fórmulas empleadas en los mismos. A continuación, quisiéramos analizar la situación que se produce en el Bajo Aragón durante el Bronce Final

y l Edad del Hierro, centrándonos especialmente en la comarca de Caspe, en la que hemos venido desarrollando nuestros trabajos desde hace algunos años (EIROA, 1982; ÁLVAREZ y BACHILLER, 1982; EIROA, ÁLVAREZ y BACHILLER, 1983). No obstante muchos de los aspectos que analizaremos pueden ser extensibles, sin duda alguna, a todo el territorio bajoaragonés.

Las campañas de excavación llevadas a cabo en varios yacimientos de la zona como Loma de los Brunos (EIROA y BACHILLER, 1985), Palermo III-IV (ÁLVAREZ y BACHILLER, 1996), Cabezo de Monleón (BELTRÁN y ÁLVAREZ, 1987), Corraliza de Rayes y Zaforas, entre otros (ÁLVAREZ y BACHILLER, 1996), nos llevan a plantear una serie de sugestivas hipótesis de trabajo en relación con tema que nos ocupa.

En primer lugar, queremos dejar constancia que, aunque estamos de acuerdo con la opinión de que resulta peligroso hacer generalizaciones sobre cuestiones sociales partiendo de unos pocos datos, no obstante vamos a plantear una serie de elementos de discusión que habrán de tenerse en cuenta en la planificación de futuros trabajos arqueológicos de la zona.

Por otra parte, a nadie escapa que durante este periodo del Bronce Final-Hierro I asistimos a una progresiva evolución de las poblaciones, generando fórmulas sociales y económicas cada vez más complejas en las que hay que valorar tanto la evolución local como los estímulos externos (BLASCO, 1993: 170). Si seguimos a Fried las causas de la estratificación vendrían dadas, entre otros aspectos, por el monopolio de recursos limitados, la división técnica del trabajo y la guerra (FRIED, 1967). También, el paso de una sociedad sin clases a la de clases implica la configuración de una división social del trabajo (NOCE-TE, 1994: 121). Asimismo, la ideología es un sistema de ideas y de creencias que públicamente aparece representado en ceremonias y orientado estratégicamente por diversos segmentos sociales o jerarquías

dirigentes (EIROA, BACHILLER, CASTRO y LOMBA 1999: 290-293). En la zona del Bajo Aragón, en el momento que nos ocupa, encontramos algunos elementos que pueden ser significativos de la transformación que se está produciendo en estos grupos y que a continuación vamos a analizar.

Respecto a los asentamientos, asistimos durante este periodo a una mayor fijación de la población a un territorio concreto con la adscripción de grupos a esos territorios, posiblemente por una mejora de las técnicas de producción. El patrón de asentamiento que encontramos es la agrupación a lo largo del Ebro y sus afluentes o en la proximidad de charcas, hoyas y balsas, con una ocupación selectiva del territorio y un sentido estratégico en los emplazamientos. Los asentamientos son fruto de un esfuerzo colectivo y simultáneo, exigiendo una planificación topográfica previa, configurándose micro-regiones. En el caso de Caspe hallamos diversos núcleos de concentración poblacional en torno a Palermo (junto a la balsa Palermo), Hoya de Navales y charca de Sabanza y área endorreica de Chiprana (en torno a la laguna Salada), no existiendo una distribución espacial lineal en torno a los ríos sino, más bien, lo que Racionero denomina "aglomerados" (RACIONERO, 1981). Esta misma circunstancia se observa en el término de Alcañiz, con la existencia de dos grandes focos de atracción del poblamiento en la Hoya de Alcañiz y la depresión de Valmal, en relación, también, con antiguas o actuales lagunas de carácter endorreico (BENAVENTE, 1993: 120).

Estos aglomerados poblacionales pudieron ser sede de supracomunidades o tribus (RUIZ ZAPATERO y FERNÁNDEZ, 1984: 49-50), ya que como señala Eiroa el sistema económico que desarrollan las poblaciones del Bajo Aragón haría necesaria la interrelación entre poblados cercanos (EIROA, 1986: 389- 408).

La distribución interna de estos poblados durante el Bronce Final supone la con-

solidación del modelo de calle central, no exclusivo, existiendo otros tipos de asentamientos, generalmente de tamaño reducido, en los que las casas se agrupan de formas diversas ciñéndose a la topografía del terreno. Los emplazamientos se producen tanto en llano como en ladera o en la cima de cabezos. A medida que avanzamos en este periodo se produce un indudable aumento demográfico surgiendo poblados más grandes (Zaforas, Cabezo de Monleón, etc.), especialmente a lo largo del Bronce Final III. Al mismo tiempo se mantienen pequeños asentamientos de 50 a 100 habitantes, frente a los 200-300 de los mayores, lo que plantea esta dualidad de tipos para el Noreste (RUIZ ZAPATERO, 1985: 1068). Durante este periodo asistimos a una cierta despreocupación defensiva, los poblados carecen de obras de amurallamiento pese a que la tipología de los emplazamientos, en muchos casos, no garantiza su seguridad, si bien es cierto que las paredes traseras de las viviendas, como se ha señalado en muchas ocasiones, pudieron cumplir esta labor de defensa. La excepción la constituye Cabezo Torrente donde existe un muro de cierre en el costado norte, con un vano de 2 m. de anchura. En ambos extremos del muro se conservan restos de dos torreones defensivos, creando un prototipo que será utilizado en poblados más modernos como Mazaleón (MAYA, 1998: 381).

Durante el Hierro I parece producirse un momento de mayor inseguridad, los poblados se ubican en lugares elevados y de fácil defensa natural. Un ejemplo claro lo constituye el poblado de la Corraliza de Rayes; su asentamiento del Bronce Final está a pie del cerro mientras que el del Hierro I aparece en la cima, aprovechando el cortado de rocas. En otros casos se documentan obras de fortificación, como en la Loma de los Brunos, donde en el sector oriental de la acrópolis aparece un grueso muro de cierre apoyado en la roca que, a su vez, ha sido tallada. Este mismo elemento de cierre aparece en el PI de Paler-

mo, yacimiento en el que, también, la defensa se pudo reforzar con una empalizada de madera, a juzgar por la alineación de agujeros que aparecen en un extremo de la plataforma rocosa.

Por otro lado, algunos de estos poblados presentan espacios de uso comunitario, tal es el caso de los poblados de calle o plaza central. Este espacio, además de servir de acceso a cada una de las viviendas, pudo emplearse para guardar en común el ganado. Aunque no se han efectuado análisis en los yacimientos de esta comarca, el alto contenido en fósforo de los efectuados en los suelos de la calle central de Genó sugieren la posibilidad del empleo de este espacio para guardar el ganado de noche o en épocas de inestabilidad (MAYA, CUESTA y LÓPEZ, 1998: 58). En el caso de Zaforas, aunque también en otros yacimientos, se ha indicado la existencia en este espacio de una balsa para recoger el agua de la lluvia que las techumbres de las casas verterían hacia el interior del poblado.

A pesar de que la serie de dataciones absolutas va siendo cada vez más amplia (EIROA, y BACHILLER, 1985; ÁLVAREZ, 1990; ÁLVAREZ y BACHILLER, 1996), las fechas se limitan a los asentamientos mayores. Sería interesante obtener series de fechas absolutas para centros de menor entidad. Ello nos ayudaría a establecer secuencias de coetaneidad o no y posibilitar el análisis del grado de interdependencia de estos poblados o, dicho de otro modo, el grado de jerarquización del territorio, ya que está claro que compartieron un modo de vida similar y estos centros sólo pudieron sobrevivir en relación a otros semejantes (EIROA, 1985: 114 y 1986: 402). En este sentido, Beltrán y Álvarez señalan que la permanencia del Cabezo de Monleón durante más de dos siglos en pleno apogeo pudo deberse a su condición de centro de actividad metalúrgica (BELTRÁN y ÁLVAREZ, 1993: 67).

En el interior de estos poblados las habitaciones se agrupan compartiendo pare-

des medianiles y sin apreciarse diferencias significativas entre ellas. Se observan algunas variaciones en los sistemas constructivos de las casas de un poblado a otro y de un periodo a otro, resultando mínimas las variaciones entre unas viviendas y otras en el seno de un mismo poblado en cuanto a tamaño, calidad etc. La característica esencial es la homogeneidad, aunque se detecten algunas casas de mayor tamaño como la 19 del Cabezo de Monleón. Todos estos aspectos han llevado a sugerir la posibilidad de la existencia de una cohesión de grupo bastante fuerte y una organización social basada en la familia nuclear (RUIZ ZAPATERO, 1985: 515).

Sin embargo, sí podemos establecer algunas diferencias por la calidad o cantidad de los hallazgos materiales que han sido recuperados en unas u otras habitaciones en el curso de las diversas campañas de excavación. En el caso del Cabezo de Monleón nos encontramos con el hallazgo de una serie, bastante extensa, de moldes de fundición procedentes de una casa, así como los dos hornos descubiertos en la campaña de 1986 en las casas 32 y 33 (FIG.1.1), con cámara de reverbero, cerca de dos valvas de un molde de fundición de arenisca para puntas de flecha (BELTRÁN y ÁLVAREZ, 1987: 64; 1993: 66). También en Zaforas, la aparición de una estructura de piedras medianas y pequeñas podría constituir la base de un horno, hecho que podría corroborarse por la aparición en sus inmediaciones de un molde para fundir hachas de apéndices laterales (ÁLVAREZ y BACHILLER, 1996: 177). La concentración de moldes también se aprecia en la casa 7 del Roquizal del Rullo. Estos hallazgos pueden ser indicativos de una especialización de familias o personas en los trabajos metalúrgicos, utilizando como materias primas tortas, lingotes o reamortizando chatarra. La documentación de estas actividades, al menos en algunos centros, llevadas a cabo por especialistas técnicos, sería un indicador de la tendencia a la es-

tructuración social interna (MAYA, 1998: 383), aunque sin alterar sustancialmente la organización del espacio doméstico (RUIZ ZAPATERO, LORRIO y MARTÍN, 1986: 94).

De la misma manera podrían documentarse talleres domésticos dedicados a la alfarería, como es el caso de una casa de Zaforas, donde aparecieron apiladas gran cantidad de cerámicas (PELLICER, 1957). Dado que dicha vivienda sólo se hallaba excavada parcialmente, continuamos por nuestra parte los trabajos arqueológicos en 1988, adscribiéndole el número 5 en relación a las demás viviendas (ÁLVAREZ, 1990: 593). En el transcurso de su excavación dicha vivienda continuó proporcionando numerosas piezas cerámicas junto a tiras de arcilla para su fabricación, hecho que sugiere la existencia de un taller de alfarería y una producción especializada.

Otra de las actividades que se documenta en Monleón es la textil, con la concentración en la casa 17 de una serie de pesas de telar y restos de colorantes. Este hecho se documenta también en Zaforas con un interesante lote de pesas de telar. La dispersión de hallazgos de pesas por diversas casas de un mismo poblado ha llevado a la interpretación de que la actividad textil pudiera ser de tipo familiar. No obstante, hay que tener en cuenta que muchas de ellas pudieron ser utilizadas como contrapesos o tirantes (BURILLO, 1987: 109), por lo que para documentar telares hay que recurrir a los hallazgos concentrados en un lugar y en el que las pesas muestren similitud en su peso (CASTRO, 1987: 112).

Documentamos, asimismo, la concentración en determinadas casas, 31 de Monleón, de cuatro molinos, junto a artesas o maseras y grandes recipientes en arcilla, hecho que se ha interpretado como hogar especializado en la transformación del cereal (RUIZ ZAPATERO, LORRIO, MARTÍN, 1986: 94). La presencia de estos depósitos o maseras está documentada también en Zaforas (FIG. 2.1 y 2) y en Genó. La

concentración de molinos en una sola habitación se aprecia en el poblado de Tartrato, de época ibérica, planteándose la posibilidad de que se trate de un espacio privado que crea excedentes de producción o de un espacio público dedicado a tal actividad (BURILLO, 1987: 106-107).

Otra de las actividades domésticas consiste en la talla del sílex. Los abundantes productos de talla, recogidos en la proximidad del hogar, explicarían que se trata de una actividad de tipo doméstico. Hay depósitos de piezas de sílex en diversas casas, especialmente en una alacena de la vivienda 10 de Monleón, donde aparecieron nódulos, percutores, yunques, lascas y piezas talladas (VALLESPÍ, 1993: 71-81), pero también en otras habitaciones más (BELTRÁN, 1984: 23-100).

Al margen de estos aspectos relacionados con diversas actividades especializadas, queremos incidir en la importancia de profundizar en otros aspectos que pueden aportar mucha luz a la hora de analizar el complejo mundo de la organización social y política de estos grupos. Hemos venido aludiendo a la existencia de diversas tareas realizadas por parte de especialistas, tareas que están en el germen de la diferenciación y estratificación social. La existencia de grupos diferenciados también se plasma por un nivel distinto de acceso a determinados bienes: de cara a los productos locales por un proceso de acumulación por determinadas personas o grupos y, por otro lado, por la posibilidad de obtener bienes de prestigio no locales. En este sentido, dado que por el momento se nos escapa el grado de acceso que pudieron tener a determinados productos perecederos, cabría poner especial atención en los futuros trabajos arqueológicos a diversos elementos materiales, como determinados ejemplares cerámicos, y su lugar de aparición en el seno de las diversas estructuras de los poblados. Cuando analizamos los ejemplares cerámicos correspondientes a este periodo del Bronce Final -Hierro I, utilizados fre-

cuentemente como marcadores (acanaladas, excisas, incisas, pintadas, etc.), parece que damos por hecho que toda la población tuvo acceso en igual medida a tales elementos. Sin embargo, hay varios indicios que pueden hacernos pensar que esto no fue así. Uno de estos factores es el escaso porcentaje de ejemplares de estos tipos con respecto a los que no poseen decoración y, en segundo lugar, la singularidad de muchos de los ejemplares. Por otro lado en el PII de Palermo ((FIG. 1.2) contamos con la asociación de un repertorio de piezas metálicas compuesto por una copa de bronce, dos fíbulas de pivotes incompletas y un broche de cinturón en forma de T (FIG. 3.1, 2 y 3). El conjunto presenta claras vinculaciones con el mundo mediterráneo, tanto la copa de borde plano engrosado, relacionada con las tradicionales piezas de banquete, como las fíbulas de pivotes que tienen claros paralelos con ejemplares de tipo chipriota, lo que induce a pensar en contactos, más menos esporádicos, que también parecen confirmarse con la introducción selectiva y de forma aislada de cerámicas típicas de Campos de Urnas Antiguos.

Ya en la Primera Edad del Hierro, según Burillo, se produce un intercambio comercial con distintos pueblos colonizadores que tendrá repercusiones en las sociedades indígenas de la zona, motivando la producción de excedentes y potenciando el desarrollo de una sociedad jerarquizada (BURILLO, 1993: 231). Este intercambio trae consigo objetos suntuosos como objetos de hierro, fíbulas, cerámicas, etc., existiendo una mayor estratificación social (BURILLO, 1992: 212).

En este aspecto habría que valorar la aparición de hallazgos como la espada de la Fila de la Muela (Alcorisa), ejemplar de antenas con empuñadura de bronce y hoja de hierro con nervadura central (FIG. 4.6). La especial composición metálica de la espada y la técnica de fabricación son peculiares. La decoración de la empuñadura se

ha llevado a cabo con el uso del troquel. Las antenas en forma de U y el puño recubierto con hilo de cobre plano contribuyen a darle unos rasgos tipológicos originales. La longitud de la misma, 103 cm., y el lujo decorativo así como su esmerada decoración hacen suponer que pudiera cumplir la función de atributo de superioridad jerárquica. Por otro lado y en esta misma zona, en concreto en el yacimiento de La Tallada, en los momentos finales del Hierro I e inicios de la iberización, vemos aparecer algunas piezas excepcionales, como una fibula incompleta de bronce con apliques de coral e incisiones de líneas, pequeños triángulos y círculos (FIG. 4.5). Asimismo, en los momentos finales de la Loma de los Brunos, comienza la importación de cerámicas de signo protoibérico, que vienen a representar el 0,8 % de la vajilla del yacimiento (EIROA, 1986: 402-403). A partir del siglo VI a. C. hay importaciones griegas de Massalia y Ampurias como Kylikes etruscos (La Gessera), cerámicas de figuras negras (Els Castellans, Azaila) y rojas (San Antonio de Calaceite) y otras de barniz negro (MAYA, 1998: 390).

Otro de los aspectos que plantea graves problemas de interpretación es el relacionado con las necrópolis tumulares de incineración de la comarca caspolina y bajoaragonesa en general. El primer aspecto que llama poderosamente la atención es el bajo número de túmulos existente en cada necrópolis en relación al tamaño de su correspondiente poblado y al periodo de ocupación del mismo. Aunque tenemos constancia de la destrucción de algunos de estos túmulos por efecto de muy diversas actividades, parece estar claro que no todos los habitantes de un poblado eran enterrados utilizando este sistema. Resulta interesante, en este sentido, observar como los túmulos se localizan mayoritariamente en la Loma de los Brunos, Corraliza de Rayes, etc. directamente sobre plataformas rocosas no aptas para el aprovechamiento económico, especialmente agrícola. Quizá, por

este motivo, se produzcan agrupaciones de túmulos en diversos lugares, como es el caso de la Loma de los Brunos, buscando terrenos libres de prácticas agrícolas. Un hecho revelador son los análisis palinológicos efectuados en este yacimiento que muestran que los campos de cultivo se situaban en la zona próxima al poblado, "ya que se ha demostrado que porcentajes superiores al 3% sitúan la zona cultivada a menos de 1 km." (EIROA, 1982: 101). Si nos atenemos a estos datos, podríamos deducir que el número de túmulos destruidos por las prácticas agrícolas, en tiempos más modernos, no debió ser excesivamente elevado al asentarse sobre las zonas tradicionalmente menos aptas. Por ello y teniendo en cuenta la similitud de explotación económica con otras como el Bajo Segre, donde aparecen necrópolis mucho mayores, debemos inferir que inicialmente el número de túmulos fue porcentualmente bajo en esta zona con respecto al poblamiento. T. Maigi fue el primero en tratar de buscar una salida satisfactoria a este problema. Su propuesta era la de la existencia de una organización patriarcal de carácter gentilicio en cuyo seno sólo el cabeza de familia de cada gentilidad era enterrado en un túmulo, mientras que el resto de la población sería incinerado en el interior de las casas (MAIGI, 1960). En esta misma línea apunta Eiroa al afirmar que en el Bajo Aragón hay sólo tumbas de personajes principales desconociendo, debido al empleo de la incineración, si en cada tumba están los restos de un único personaje o de varios (EIROA, 1985: 114). En cualquier caso sólo un pequeño porcentaje de la población se enterró en estos túmulos, se construyeron para determinados miembros del grupo (PEREIRA, 1991: 115-203). Si seguimos los principios de O'Shea todas sociedades emplean uno o varios sistemas de deposición de sus muertos (O'SHEA, 1984: 88). Otras hipótesis abundan en idéntico sentido pero plantean la posibilidad de enterramiento para la población de menor status social

en hoyos de incineración que, por el momento, no han podido ser detectados en la comarca, pero sí se atestiguan en Azaila (BELTRÁN LLORIS, 1976: 93). Debido a estos indicios, Ruiz Zapatero mostró la necesidad de excavar en extensión alrededor de estas necrópolis (RUIZ ZAPATERO, 1985: 517), lo que podría suponer la existencia de una sociedad jerarquizada, debido a lo que Binford denomina diferencias de enterramiento en el ámbito de una misma necrópolis (BINFORD, 1972: 221).

Al margen de estos aspectos, observamos que el lugar elegido para la situación de los túmulos pudo responder no sólo a premisas económicas sino, también, religiosas (ROYO, 1993: 97). La ubicación de muchos de estos conjuntos tumulares hacia el ocaso solar es frecuente, pero más lo es el que la abertura de lado menor con murete de las cistas también esté orientada hacia ese punto, tal y como se confirma en Azaila y en el túmulo 10 de la Loma de los Brunos (el mayor de todos). Ello nos situaría ante un ritual que identifica el ocaso del sol y el mundo de los muertos (MAYA, 1998: 389-390).

Por otro lado, los cadáveres se incineraban bien en el túmulo, al lado, o en lugares destinados a tal fin. La concentración de cenizas, carbones, restos óseos calcinados y fragmentos de bronce en una zona concreta en Corraliza de Rayes, Palermo o La Tallada, pueden atestiguar la existencia de "ustrina". El cadáver era incinerado con sus objetos adorno que aparecen fundidos o deformados por el calor, incluso a veces hallamos incrustadas pequeñas gotas de metal de bronce en los restos óseos, lo que indica que las piras alcanzaron temperaturas como mínimo de 700-800 °. Los restos óseos y elementos personales debieron ser objeto de una recogida selectiva e introducidos en las urnas, junto a algunos restos más y pequeños vasos que acompañan, en ocasiones a las urnas (MAYA, 1993: 44). Se puede decir que no hay una tipología cerámica específica para su uso funerario, a

excepción de algunas urnas o vasos de ofrendas, en comparación con las cerámicas halladas en los poblados. Pero sí creemos, al igual que Rojo, que existe una diferenciación en relación a los elementos metálicos. Como bien señala Eiroa, en esta zona el valor de los instrumentos de metal los hace prioritarios. El metal es un material de cara adquisición y hasta de lujo, en algunos casos, que era objeto de una reamortización hasta límites que rozan la miseria y en caso de abandono del poblado se llevaban consigo estos materiales (EIROA, 1982: 164-167). De ahí, la pobreza de hallazgos metálicos en los poblados mientras que, por el contrario, en las necrópolis y lo hemos comprobado en los ustrina su abundancia es mayor. A ello se une el hecho de que frente a la supuesta penuria de elementos metálicos en los poblados, sin embargo, a los muertos se los incinere con ellos. Este hecho puede interpretarse dentro de las tradiciones rituales y religiosas como objeto de una especial atención hacia el difunto (ROYO, 1993: 97).

Hay, en el aspecto funerario, algunos datos de interés más proporcionados por los trabajos arqueológicos llevados a cabo en la necrópolis de la Corraliza de Rayes (FIG. 5.1). Se conservan sólo ocho túmulos, siete circulares y uno cuadrado, y dos cistas también cuadradas. Cabe suponer que algunos más han desaparecido por las labores agrícolas y otros han sido violados apareciendo esparcidos los fragmentos correspondientes a urnas y vasitos. A juzgar por las piezas cerámicas, todos los túmulos conservados pertenecen a la Primera Edad del Hierro, entre ellos los circulares simples y los de círculos concéntricos, mientras que el cuadrado y las dos cistas deben ser del momento final. En este sentido queremos plantear dos interrogantes. La primera se refiere a si los túmulos simples y los de círculos concéntricos solo difieren en aspectos estructurales-cronológicos o si cabe otro tipo de interpretación de contenido social. La segunda, prácticamente en el

mismo sentido, obedece a las grandes dimensiones del túmulo 1, 4,55 m. de diámetro (FIG. 5.2 y 3), con estructura en forma de torre cilíndrica conservando hasta cinco hiladas de piedra, frente a los demás cuyas dimensiones oscilan entre 2,10 (nº 3) y 3,50 m. y tres anillos concéntricos (nº 6). Desgraciadamente, al margen de las diferencias estructurales y de magnitud que pudieran interpretarse como signos de diferenciación social, debido a las condiciones de deterioro en que nos han llegado nada podemos aventurar. Sin embargo, queremos llamar de nuevo la atención sobre el túmulo 10 de la Loma de los Brunos, el de mayor envergadura con clara diferencia, de 5,50 m de diámetro. Está ligeramente separado del resto, unos 20 m. aproximadamente, posee cista excéntrica con murete de apertura hacia el poniente, y proporcionó un ajuar diferenciado compuesto por un vasito, cuenta de collar pétreo, un fragmento de fíbula de bronce y un fragmento de resorte y parte del puente de una fíbula de hierro (EIROA, 1982: 25-26). Teniendo en cuenta toda esta serie de circunstancias y, también, teniendo en cuenta que la aparición del hierro en esta zona parece significar una profundización en la desigualdad y símbolo de prestigio social, cabría suponer que se trata de un signo y manifestación de jerarquización.

Algunos de los datos mencionados con anterioridad nos sugieren una serie de consideraciones, obviamente sujetas a discusión, que pueden contribuir a ofrecer una nueva visión y a abrir nuevas perspectivas de estudio encaminadas a conocer la organización sociopolítica de estos grupos.

En primer lugar, observamos que a lo largo del Bronce Final asistimos a la eclosión de nuevos asentamientos en la comarca, alcanzando su máxima expresión en el Bronce Final III. Los poblados están más próximos entre sí, existiendo una serie de centros de mayores proporciones (Cabezo de Monleón, Zaforas, Palermo, etc.) frente a otros de reducidas dimensiones (El Ca-

becico, Val de Zail, La Roca, La Roqueta, Balsete del Moro, Corraliza de Rayes, Mas del Pastor, etc.). Este incremento de población puede denotar que la base de subsistencia se halla plenamente garantizada mediante la explotación de los recursos agrícolas y ganaderos, fundamentalmente, a la vez que exigiría una esmerada y equilibrada organización de los poblados con respecto al territorio, por lo que cabría pensar en la existencia de una jerarquización territorial con lazos de dependencia de unos poblados con respecto a otros o de interdependencia. Durante la Primera Edad del Hierro se produce el abandono y decaimiento de muchos de estos poblados, a la vez que persiste el poblamiento concentrado en determinadas áreas. Quizás, la causa de este proceso se deba a una crisis de explotación de los recursos económicos o a una ruptura del delicado equilibrio existente durante el periodo anterior, pues no parece que las cuestiones militares, con escasos elementos defensivos, puedan tener gran influencia al respecto, aunque sí denotan una situación de cierta inestabilidad. Es posible que se trate de un periodo de competencia por el control de los recursos, apareciendo al final algunos objetos de prestigio y lujo que dejan entrever una situación de mayor complejidad en sus fórmulas sociales y económicas.

Ya en el Bronce Final, asegurada la base de subsistencia, observamos que determinadas actividades artesanales alcanzan cierta relevancia en algunos centros, tanto es así que podría hablarse de distribución o división social del trabajo. Parece claro que en el seno de un mismo poblado (Cabezo de Monleón, Zaforas, etc.) existen grupos, personas o familias especializadas en determinadas producciones como las metalúrgicas, cerámicas, textiles, etc. Desconocemos, por el momento, el grado de especialización (a tiempo parcial o completo) y si determinadas producciones se dedican sólo al abastecimiento familiar - dadas las características de algunas de ellas

pensamos que no- o del poblado o si, por el contrario, sirven de elementos de intercambio con otros poblados del área. Hay dos hechos que nos llaman poderosamente la atención. El primero es el relativo a la producción metalúrgica. Teniendo en cuenta que el acceso a la materia prima es muy restringido, el nivel de conocimiento técnico que se precisa, el elevado número de moldes hallados, el hallazgo de dos hornos de fundición en dos habitaciones diferentes, pero contiguas, y la reamortización de piezas de bronce que se da en el Cabezo de Monleón, cabe pensar que se trata de una actividad especializada y, posiblemente, que este poblado funcione como centro de producción e intercambio con respecto a algunos de poblados de la comarca.

En segundo lugar, hemos de referirnos a la producción cerámica. El hallazgo en una casa de Zaforas de un gran número de piezas cerámicas, varias de ellas apiladas, cintas de arcilla, un molino, alisadores y una variopinta representación de formas y temas decorativos en las piezas indican, sin lugar a dudas, que se trata de un taller de alfarería. Ahora bien, teniendo en cuenta la gran cantidad de piezas y la existencia de vasos bitroncocónicos con decoración de motivos idénticos a los que encontramos en otros yacimientos de la zona, cabría pensar en la existencia de un grupo, persona o familia especializada en la producción cerámica destinada no sólo al abastecimiento de dicho poblado sino, también, del área circundante, al menos en lo que se refiere a determinados tipos de piezas cerámicas, no descartando la existencia de producciones locales en el seno de cada poblado, al menos por lo que respecta a las vasijas de uso cotidiano.

Por otro lado la homogeneidad cultural, fruto de la proximidad de los poblados entre sí y de los estrechos lazos de dependencia o interdependencia, y la disposición urbanística de las viviendas con paredes comunes y espacios de uso colectivo, que indican una fuerte cohesión de grupo,

no tienen necesariamente que interpretarse como uniformidad social de estos grupos de población. De nuevo queremos hacer alusión al lote metálico hallado en una vivienda del PII de Palermo que puede ser interpretado como elemento diferenciador de una persona o familia. Las redes de intercambio a larga distancia son uno de los cauces de adquisición de bienes de prestigio personal que sirven de elemento diferenciador de un individuo frente al resto de la comunidad y, por tanto, símbolo de un status superior a nivel social, económico o político. Este hecho no sería excepcional en el Valle del Ebro ya que la estela de Valpalmas no hace más que confirmar la representación de la superioridad jerárquica, siguiendo una interpretación tradicional. Determinados hallazgos de espaldas, entre las que cabe figurar la de la Fila de la Muela, se han interpretado en igual sentido en el ámbito del Noreste, por no mencionar algunos elementos todavía más excepcionales como el torques de oro de Tresp.

Tampoco éste sería el único caso de evidencia de contactos exteriores, al margen de los de fines del Hierro I, algunas cerámicas típicas de Campos de Urnas, cerámicas de Boquique, vasijas de apéndice de botón, kernoi y vasijas de tipo Sassenay son claras muestras de estas conexiones.

Sin entrar en valoraciones sobre si es conveniente o no la aplicación de las tesis explicativas utilizadas para otras regiones europeas, la consecución de bienes de intercambio con grupos alejados se considerará la fórmula empleada por los jefes para manifestar su prestigio, pero también lo es el grado de acumulación de objetos y bienes de producción local, entre los que habría que valorar diversos tipos de producciones como, por ejemplo, las cerámicas o los metales, al margen de otros productos.

Las necrópolis con el escaso número de estructuras funerarias por poblado, sus ajueres y sus diferencias estructurales pueden ser reflejo, como hemos visto, de un

trasfondo social menos uniforme de lo que se supone. Es por ello que se debería prestar una atención especial, a nivel arqueológico, a la posibilidad de existencia de otros rituales diferentes y observar, con sumo cuidado, tanto las variaciones estructurales de las tumbas como de los ajuares de cada

una de ellas, máxime si, como hemos mencionado ya con anterioridad, nos hallamos ante grupos que, aunque aparentemente presentan una homogeneidad cultural, encierran una complejidad de pensamiento religioso y social que no sólo afecta a las necrópolis.

BIBLIOGRAFÍA

- ACUAYO, P. (1992): "La Edad del Bronce". En: VV. AA. *Manual de Historia Universal. Prehistoria*. Madrid, pp. 383-465.
- ÁLVAREZ, A. (1990): *La transición Bronce Final-Hierro I en el sector Cuadalupe-Regallo*. Tesis doctoral inédita. Universidad de Zaragoza.
- ÁLVAREZ, A. y BACHILLER, J. A. (1982): "Urbanismo prerromano en tierras de Caspe". *Bajo Aragón, Prehistoria*, IV. Zaragoza, pp. 61-79.
- (1996): "La evolución del urbanismo en el Bajo Aragón durante los periodos del Bronce Final-Hierro Antiguo". *Gala*, 3-5. Barcelona, pp. 175-182.
- BELTRÁN, A. (1984): "Las casas del poblado de la I Edad del Hierro del Cabezo de Monleón (Caspe)". *Boletín del Museo de Zaragoza*, 3. Zaragoza, pp. 23-100.
- BELTRÁN LLORIS, M. (1976): *Arqueología e historia de las ciudades antiguas del Cabezo de Alcalá de Azaila (Teruel)*. Zaragoza.
- BELTRÁN, A. y ÁLVAREZ, A. (1987): "Una comprobación de las excavaciones del Bronce Final y Primera Edad del Hierro del Cabezo de Monleón, Caspe (Zaragoza)". *Boletín del Museo de Zaragoza*, 6, pp. 59-70.
- (1993): "Una puesta al día de los problemas sobre el poblado del Bronce Final y de la I Edad del Hierro del Cabezo de Monleón (Caspe, Zaragoza)". *Bajo Aragón Prehistoria*, IX-X. Zaragoza, pp. 63-69.
- BENAVENTE, J. A. (1993): "Novedades sobre el Bronce Final-Hierro I en Alcañiz (Teruel)". *Bajo Aragón Prehistoria*, IX-X. Zaragoza, pp. 100-121.
- BINFORD, L. R. (1972): "Mortuary practiques: their study and their potencial". *An Archaeological perspective*. New York.
- BLASCO, M. C. (1993): *El Bronce Final*. Ed. Síntesis, Madrid.
- BURILLO, F. (Ed.) (1987): *Coloquio sobre microespacio*. *Arqueología Espacial*, 11. Teruel.
- (1992): "Etnias prerromanas en el Valle del Ebro y Pirineos". En ALMAGRO GORBEA, M. y RUIZ ZAPATERO, G. (EDS.): *Paletnología de la Península Ibérica*. Complutum, 2-3. Madrid, pp. 195-222.
- (1993): "La crisis del ibérico antiguo y su incidencia sobre los Campos de Urnas finales del Bajo Aragón". *Bajo Aragón Prehistoria*, IX-X. Zaragoza, pp. 215-236.
- COLLIS, J. (1989): *La Edad del Hierro en Europa*. Barcelona.
- EIROA, J. J. (1982): *La Loma de los Brunos y los Campos de Urnas del Bajo Aragón*. Zaragoza.
- (1985): "Los inicios del hábitat permanente en la comarca de Caspe". *Bajo Aragón Prehistoria*, V. Zaragoza, pp. 105-119.
- (1986): "Una aproximación al modelo urbano del Bajo Aragón Protohistórico". *Homenaje a A. Beltrán*. Zaragoza, pp. 389-408.
- (1989): *Urbanismo protohistórico de Murcia y el Sureste*. Murcia.
- EIROA, J. J.; ÁLVAREZ, A. y BACHILLER, J. A. (1983): *Carta Arqueológica de Caspe*. Caspe, Zaragoza.
- EIROA, J. J.; BACHILLER, J. A.; CASTRO, L. y LOMBA, J. (1999): *Nociones de tecnología y tipología en Prehistoria*. Barcelona.
- EIROA, J. J. y BACHILLER, J. A. (1985): "Informe de la IV Campaña de Excavaciones Arqueológicas en el poblado y la necrópolis de la Loma de los Brunos de Caspe (Zaragoza)". *Bajo Aragón Prehistoria*, VI. Zaragoza, pp. 147-192.
- FRIED, M. H. (1967): *The Evolution of Political Society*. New York.
- GILMAN, A. (1981): "The development of social stratification in Bronze Age Europe". *Current Anthropology*, 22.1, pp. 1-23.
- LULL, V. y ESTÉVEZ, J. (1986): "Propuesta metodológica para el estudio de las necrópolis argáricas". *Homenaje a Luis Siret*. Sevilla, pp. 441-452.
- MAICI, T. (1959-60): "Elementos estables de los túmulos bajoaragoneses de cista excéntrica". *Caesaraugusta*, 13-14 y 15-16. Zaragoza, pp. 79 y ss. y 103 y ss.
- MAYA, J. L. (1993): "El Bronce Final-Hierro Inicial en la zona norte del Valle del Ebro". *Bajo Aragón Prehistoria*, IX-X. Zaragoza, pp. 7-50.
- (1998): "El Bronce Final y los inicios de la Edad del Hierro". En VV.AA.: *Prehistoria de la Península Ibérica*, Barcelona, pp. 317-425.
- MAYA, J. L.; CUESTA, F. y LÓPEZ, J. (1998): *Genó: Un poblado del Bronce Final en el Bajo Segre (Lleida)*. Barcelona.
- NOCETE, F. (1984): "Elementos para el estudio del patrón de asentamiento en las campiñas occidentales del Alto Guadalquivir durante la Edad del Cobre". *Arqueología Espacial*, 3, Teruel, pp. 91-102.
- (1994): *La formación del Estado en las Campiñas del Alto Guadalquivir (3.000 -1.500 a. n. e.)*. Granada.
- O'SHEA, J. M. (1984): *Mortuary Variability. An Archaeological Investigation*. New York - London.

- PELLICER, M. (1957): "Zaforas, nuevo yacimiento con cerámica excisa, en Caspe". V *Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza, pp. 138-156.
- PEREIRA, J. (1991): "El mundo funerario durante la Protohistoria en la Península Ibérica". En VV.AA. *Arqueología de la muerte: Metodología y perspectivas actuales*. Córdoba, pp. 115-203.
- RACIONERO, L. (1981): *Sistema de ciudades y ordenación del territorio*. Madrid.
- ROYO, J. I. (1993): "El mundo funerario de los campos de urnas del valle medio del Ebro. Aproximación a su problemática". *Bajo Aragón Prehistoria*, IX-X. Zaragoza, pp. 89-100.
- RUIZ, A. (1992): "Las colonizaciones y la Edad del Hierro". *Manual de Historia Universal, Prehistoria*. Madrid, pp. 467-554.
- RUIZ ZAPATERO, G. (1985): *Los Campos de Urnas del NE. De la Península Ibérica*. Universidad Complutense. Madrid.
- RUIZ ZAPATERO, G. y FERNÁNDEZ, V. (1984): "Patrones de asentamiento en el Bajo Aragón protohistórico". *Arqueología Espacial*, 4. Teruel, pp. 49-56.
- RUIZ ZAPATERO, G.; LORRIO, A. y MARTÍN, M. (1986): "Casas redondas y rectangulares de la Edad del Hierro: aproximación a un análisis comparativo del espacio doméstico". *Arqueología Espacial*, 9. Teruel, pp. 79-101.
- SERVICE, E. R. (1984): *Los orígenes del estado y de la civilización*. Madrid.
- SHENNAN, S. (1986): *Interaction and Change in third millennium BC western and central Europe*. En: RENFREW, C. y CHERRY, J. F. (Eds.), *Peer Polity Interaction and Sociopolitical Change*. Cambridge, pp. 137-148.
- TORELLI, M. (1988): "Dalle aristocrazie gentilizie alla nascita della plebe". *Storia de Roma*. Turín.
- VALLESPÍ, E. (1993): "Piezas líticas y talleres domésticos en los poblados hallstáticos del Bajo Aragón". *Bajo Aragón Prehistoria*, IX-X. Zaragoza, pp. 71-81.
- WELLS, P. S. (1988): *Granjas, aldeas y ciudades*. Barcelona.

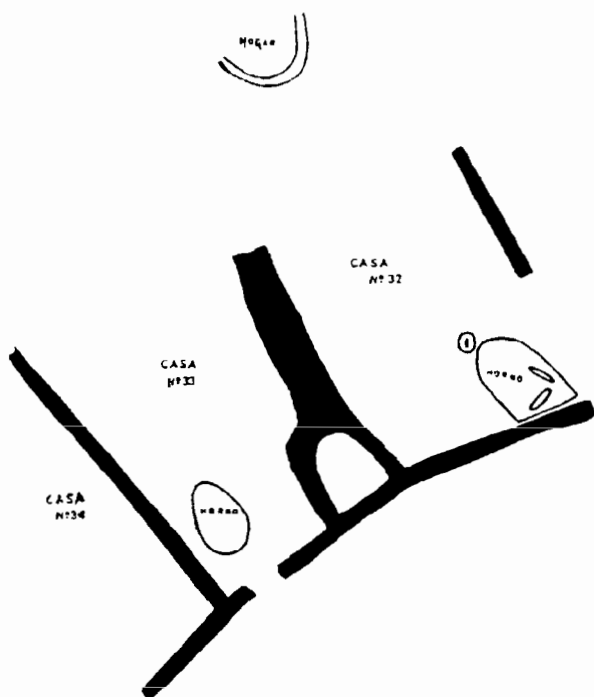


Figura 1.1: Esquema de las casas y estructuras del cabezo de Monleón. (Campaña 1986).



Figura 1.2: Planimetría del Corte 2 de Palermo. (P II).

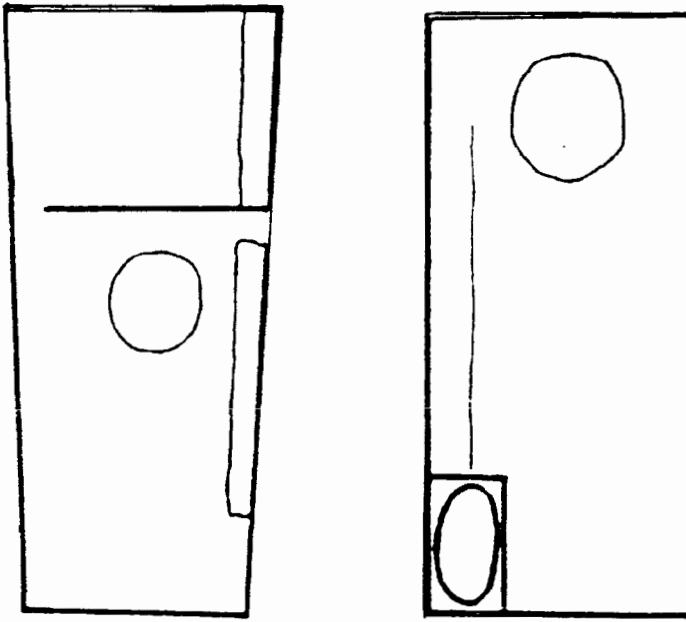


Figura 2.1: Esquema en planta de dos casas de Zaforas.

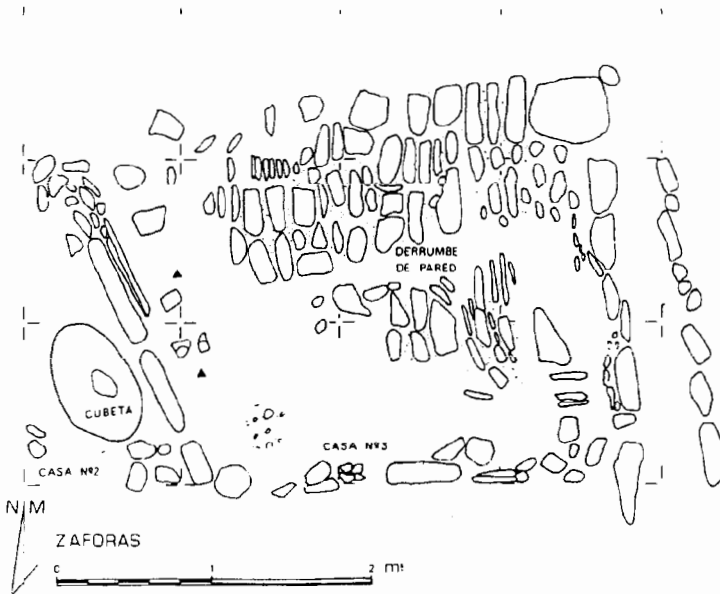


Figura 2.2: Planimetría de un derrumbe de pared de Zaforas. (Campaña 1988).

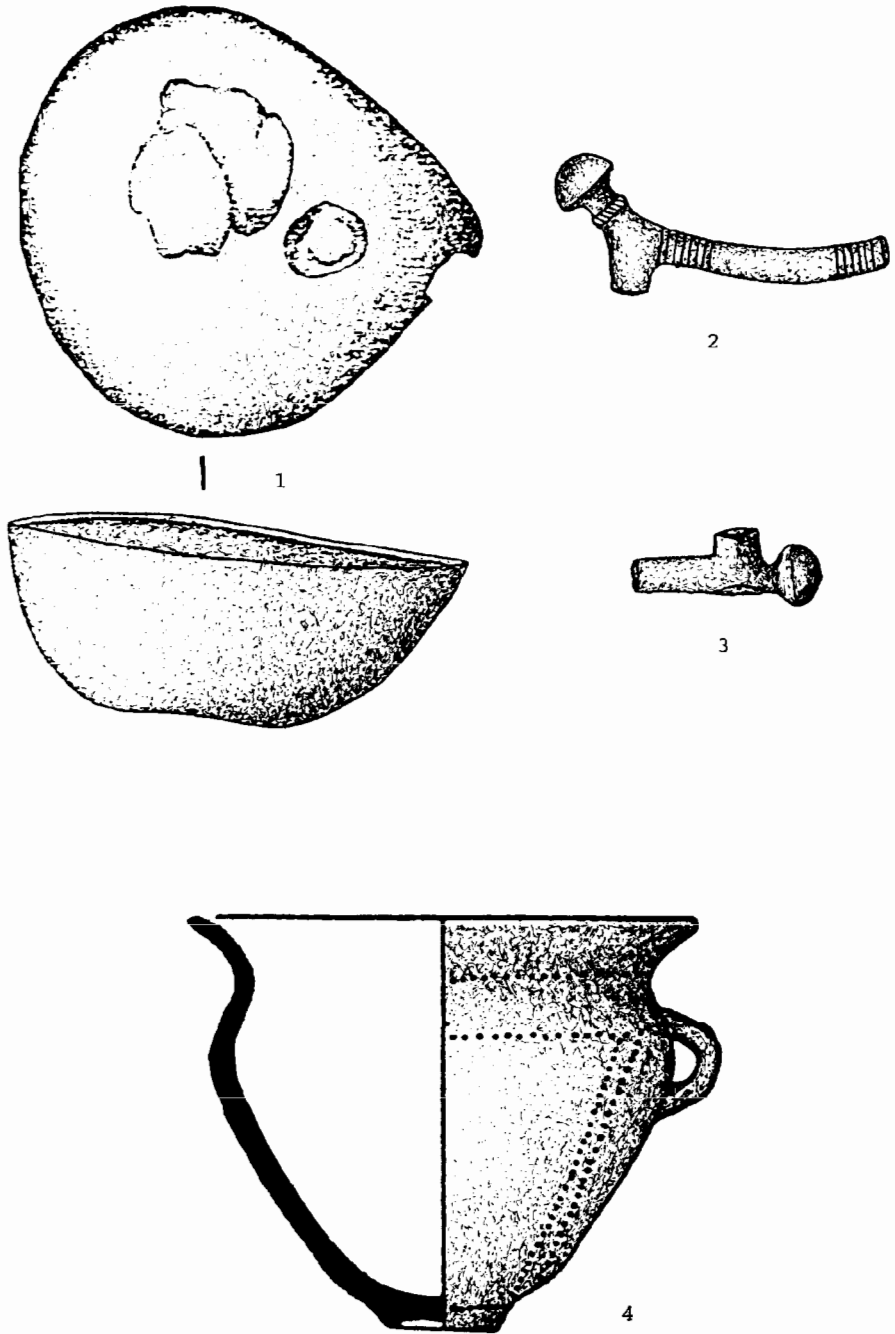


Figura 3.1: Cuenco de bronce del P II de Palermo. 2 y 3, fíbulas de pivotes del P II de Palermo. 4. Vasijita de bronce con decoración de líneas puntilladas de la Lona de Domingo Sancho (Caspe, Zaragoza).

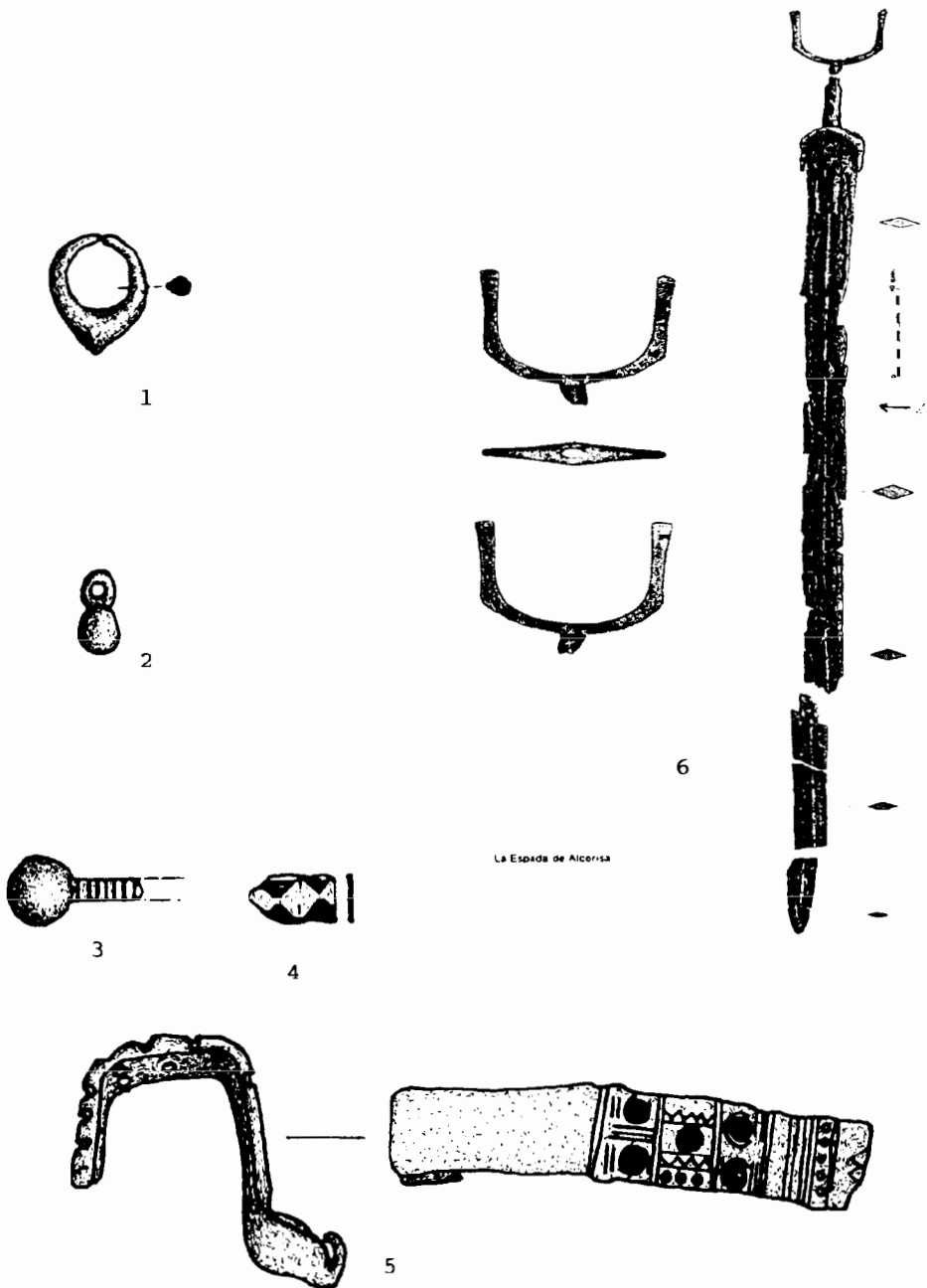


Figura 4.1: a 4, diversos elementos metálicos procedentes de La Tafallada; 5, fíbula de bronce con apliques de coral (La Tafallada); 6, Espada de la Fila de La Muela (Alcorisa).

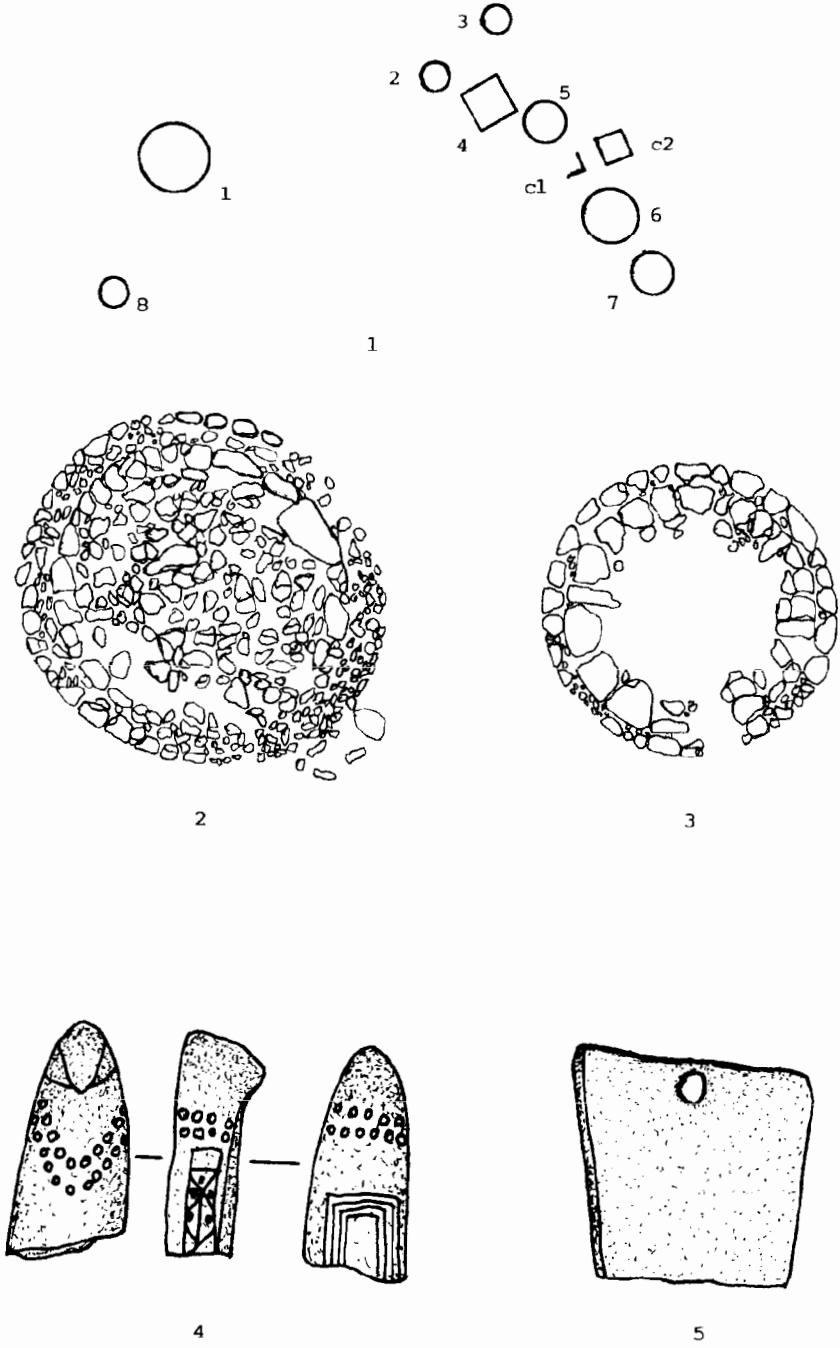


Figura 5.1: Plano esquemático de la necrópolis de la Corraliza de rayes; 2 y 3, túmulos 1 y 7 de dicha necrópolis; 4 y 5, idolillo de barro con cabeza de pájaro y colgante de piedra (Corraliza de Rayes).